


NEBULAE

Will Jenkins

ATENTADO A LOS EE.UU.



En este volumen COLECCIÓN NEBULAE presenta a sus lectores dos novelas de autores distintos pero relacionadas entre ellas por la similitud del tema. Es la primera de ellas ATENTADO A LOS EE. UU. (en inglés «The Murder of the USA»), de Will F. Jenkins, y la otra OCURREN EXPLOSIONES (en inglés «Blowups happen»), de Robert Heinlein.

En las dos obras se trata del peligro atómico, este negro nubarrón que se cierne sobre el porvenir de la humanidad actual. Hasta cierto punto puede decirse que forman parte de esta loable campaña que en varios terrenos viene haciéndose para llevar a la conciencia de todos la existencia del peligro. En realidad, los que verdaderamente saben de él y pueden medir todo su alcance son pocos, porque pocos son, por lo menos relativamente, los técnicos en cuestiones atómicas. Pero éstos encuentran una carga excesiva en la responsabilidad de saber lo que saben y se esfuerzan en vulgarizar lo más posible, y a veces incluso en exagerar, esta amenaza que, como a todos acecha, todos debemos conocer.

A pesar de ocuparse, como hemos dicho, del mismo tema, las dos novelas que integran este volumen son en realidad muy distintas, tanto por enfocar aspectos diferentes de la cuestión como por el temperamento y modalidad literaria de sus autores.

ATENTADO A LOS EE. UU.

Will F. Jenkins

I

Más de un tercio de la población de los Estados Unidos no supo jamás nada de la guerra, ni tan sólo que hubiese tenido lugar. Su participación en ella fue demasiado breve.

Las primeras bombas cayeron a las 11.10 de la mañana, hora de Washington, y durante cuarenta minutos siguieron cayendo una a una, dos a dos o por medias docenas, procedentes del espacio, más allá de la atmósfera. Mientras caían, los radares del ejército de todo el país las captaban como minúsculos puntos movedizos penetrando dentro de la zona de detección, siguiendo invariablemente la dirección sur. Las bombas caían en dirección sur en San Francisco, dirección sur en Chicago, en Nueva York, en Dubuque, en Phoenix y en Nueva Orleans. Todas las direcciones partían con una matemática exactitud en forma de abanico del Polo Norte, que era en realidad un punto de paso, no el lugar de su lanzamiento, y en total su número ascendió a doscientas o trescientas. A las 11.50, hora de Washington (pero en aquellos tiempos no existía ya Washington), pararon, y todas las pantallas de radar mostraron de nuevo in-

mutables imágenes. Los puntos movedizos se habían desvanecido. Pero las ciudades de los Estados Unidos también. Se dijo que algunos altos edificios de Chicago se mantenían todavía inexplicablemente en pie, pero no pudo ser comprobado. Parece que había también algunos sobrevivientes en San Francisco, debido probablemente a la vasta sombra proyectada por Nob Hill. Pero el resto de las ciudades de los Estados Unidos quedó sencillamente arrasado. Quedaba una de más de 100 000 habitantes todavía intacta y seis de más de 50 000 que no habían sido bombardeadas. Cuatro de menos de 25 000 habitantes habían sido destruidas porque tenían conocidas industrias de guerra, lo mismo que algunas pequeñas comunidades. Estos objetivos secundarios eran comprensibles. Eran poblaciones que procuraban mano de obra a determinadas minas y laboratorios aislados que fabricaban vacunas y productos biológicos, y uno o dos laboratorios de investigación científica con un personal altamente entrenado. La única aparente anomalía en la elección de objetivos tácticos era el bombardeo de los lagos. Casi todos los lagos de las montañas de los Estados Unidos de un cierto tamaño recibieron una bomba atómica procedente del espacio y la materia radiactiva que vertieron en el sistema fluvial de América fue más tarde un grave problema de por sí.

Esencialmente, sin embargo, las bombas se concentraron en las grandes ciudades. Por esto fue que más de la tercera parte de la población de los Estados Unidos no se enteró nunca de la guerra. Un instante antes, estaban vivos; un instante después, no existían. Algún que otro individuo quizá viese un destello instantáneo mil veces más brillante que el sol. Pudo haber también personas que sintiesen incluso una momentánea radiación de intolerable calor, como de la puerta abierta de un horno. Pero ni aun así se dieron cuenta de lo que ocurría. No tenían ningún motivo para esperar bombas. No había una tirantez diplomática inusitada entre los Estados Unidos y otro país. Todo fue una sorpresa

completa y efectiva, y las bombas, bajo este concepto, fueron un arma altamente caritativa. Las personas que fueron muertas por ellas no tuvieron tiempo de sentir siquiera el miedo.

Pero casi dos tercios de la población sobrevivió y las «Madrigueras» también. Habían sido proyectadas para sobrevivir incluso a una catástrofe como aquélla, y vengarla. De todas ellas, sólo ocho fueron destruidas en el primer bombardeo, y lo fueron por tiro directo. Los demás... Esperaban. No había otra cosa que hacer.

II

Catorce horas después de la caída de las bombas, el teniente Sam Burton estaba estudiando la pantalla de televisión con el ceño fruncido. Era ayudante interino de Madriguera 89, oficialmente «Base de Lanzamiento de proyectiles-Cohetes Número Ochenta y Nueve de las Fuerzas Atómicas de Contraataque de los Estados Unidos». La pantalla de televisión mostraba la superficie que ocultaba la Madriguera. La sala de control desde la cual estaba observando se encontraba a cuatrocientos pies de profundidad de sólida roca; y esta roca estaba bajo la movediza masa de hielo del glaciar Ranier, en el Monte Harrow, de las Montañas Rocosas; y la televisión mostraba la maltrecha y estriada masa del río de hielo que ocultaba Madriguera 89 a los detectores termales de la estratosfera.

La pantalla mostraba las altas y desnudas montañas por entre las cuales corría el glaciar Ranier. Aparecían también algunos fragmentos de cielo azul del cual habían caído las bombas atómicas sobre América.

Pero la cosa en la cual los ojos de Sam Burton estaban fijos eran tres puntos movedizos en la superficie del glaciar.

Eran seres humanos. Trataban, aparentemente, de cruzar el glaciar. Y hoy en día —con las naciones sumidas en el caos— no había tiempo para dedicarse a inocentes deportes como el de escalar montañas. Aquellas tres figuras eran inquietantes. Podían ser espías. Desde el Acuerdo de Brienne entre las Naciones Unidas, según el cual cada nación se obligaba al implacable empleo de bombas atómicas contra cualquier perturbador de la paz mundial, el es-

pionaje se había convertido en una industria importante. La defensa, normalmente hablando, contra la bomba atómica era una imposibilidad. Por esto fueron construidas las «Madrigueras» con el fin de hacer todo ataque infructuoso^[1].

Era imposible detener un ataque por bombas atómicas pero podía devolverse con intereses y los intereses podían equivaler a la aniquilación.

A menos, desde luego, que las Madrigueras de la nación atacada hubiesen sido designadas para su destrucción y efectivamente destruidas gracias a los datos procurados por los espías.

Este era el punto esencial en aquel momento. Ocho Madrigueras habían sido destruidas por tiro directo durante el primer bombardeo. Durante las catorce horas siguientes, nueve más quedaron inutilizadas.

Y ahora había tres figuras del tamaño de una hormiga que cruzaban el glaciar Ranier. Si eran espías, su presencia significaba que Madriguera 89 seguiría en breve en su camino hacia la nada a los otros diecisiete refugios destruidos.

Si descubrían el calor producido por la pila de deuterio que suministraba toda la energía para las necesidades de la Madriguera^[2] no tardaría en caer una bomba del espacio. Caería a una velocidad de cuatro millas por segundo. Los sistemas de detección podían cerciorarse de su objetivo treinta segundos antes de su llegada, pero no antes. Y Madriguera 89 desaparecería en una llamarada que alcanzaría la estratosfera.

Lo lógico, por consiguiente, era matar aquellas tres figuras. Ahora mismo. Sin parlamento ni demora. El funcionamiento de la Madriguera era más importante que unas vidas humanas, incluso las de aquellos tres inocentes ciudadanos. Pero de esto se deducía también que si eran espías, matarlos podía revelar a los otros espías que habían sido muertos, y por consiguiente, la existencia de la Madriguera.

El teniente Sam Burton los estaba mirando con ferocidad. Por todo el continente las Madrigueras seguían esperando. Desde la destrucción de América como nación, ni un sólo cohete había salido de su tubo de lanzamiento como respuesta. Ni una bala de pistola había sido disparada como contestación a la muerte, de sesenta millones de americanos. Porque el enemigo, la nación asesina, seguía siendo desconocida. Los Estados Unidos no habían sido derrotados en una guerra. Habían sido asesinados.

Un altavoz se puso en funcionamiento en el cuadro de controles de la estación. Sin perder de vista la pantalla visual, la mano izquierda de Sam se posó lentamente sobre la esfera del aparato de radio (sin televisión) adaptado a la longitud de onda asignada a los aficionados. A excepción del sistema de comunicaciones por el cual las Madrigueras estaban en contacto unas con otras y ciertas unidades móviles sobrevivientes del Ejército, los operadores de radio aficionados de los Estados Unidos constituían el único medio por el cual los fragmentos separados de una nación podían oír noticias, porque las noticias normalmente tenían su origen en las ciudades, y eran diseminadas desde ellas.

Cuando Washington desapareció en una llamarada los medios por los cuales la noticia del acontecimiento hubiera podido llegar a, por ejemplo, Chicago, desaparecieron con Washington. Chicago se convirtió en algo parecido a una sección de la fotosfera del sol sin la menor noción de todo acontecimiento exterior y Los Angeles desapareció en dos segundos sin enterarse siquiera por la radio de que el Golfo de México se estaba precipitando para llenar el enorme hueco donde había existido Nueva Orleans, y el emplazamiento de la isla de Manhattan se había convertido en una hirviente bahía de aguas tumultuosas.

Todos los medios normales de transmisión de noticias se desvanecieron con las ciudades y la población, y el servicio de teletipos se desvaneció con ellas. Con las ciudades desaparecidas, América quedó convertida en una mirada

de aislados y ruinosos pequeños municipios. Ni un solo centro gubernamental superior a un pequeño municipio subsistió. Ninguna línea de ferrocarriles funcionaba. No había transmisiones de energía. Ninguna onda sonora permanecía en el aire. A los cuarenta minutos del bombardeo era imposible mandar una carta, un telegrama o un trozo de pan de un lugar a otro de América. Pero los aficionados a la radio subsistían; los que no vivían en ciudades. Voces de todas clases brotaban de los altavoces mientras el teniente Sam Burton iba observando las figuras del glaciar.

Alguien repetía desesperadamente: «*¡Que alguien de la costa Oeste conteste por favor! Mi hija se encontraba en Pasadena, ¿ha sido destruida?*» Otra voz decía más severamente: «*Para información general; las ciudades del área de Nueva Inglaterra que se sabe han sido bombardeadas son Arrostook, Bangor, Boston...*» La esfera giró. Otra voz ansiosa anunció: «*La red de operadores aficionados requiere urgentemente la libre disposición de las bandas adicionales que acabamos de mencionar para mensajes entre poblaciones sobrevivientes. Cambiad las frecuencias por favor, cantaradas de estas bandas...*» El disco se movió de nuevo. Una nueva voz dijo: «*Comunicamos a cualquier autoridad; una llamada atómica ha sido vista en las montañas Bookshelf hace media hora. Ha sido seguida de una ola sonora y concusión, indicando una explosión atómica a veinticinco millas al sudeste de...*» Y la primera voz brotó históricamente en una nueva longitud de onda: «*Que alguien de la Costa Oeste conteste por favor. Mi hija está visitando Pasadena...*»

Sam Burton seguía contemplando las figuras en la pantalla. Luchaba por franquear las amontonadas masas caóticas de los hielos donde el glaciar Ranier da la vuelta y el hielo se convierte en una superficie casi imposible de franquear. Las tres figuras iban atadas con una cuerda. El de en medio era más delgado que los demás. Se movía con bastante agilidad pero incluso a aquella distancia en que su

cuerpo era un mero punto parecía diferente de sus compañeros. Quizá era una muchacha.

La puerta se abrió. Entró el Mayor Fred Thale. Era amigo de Sam Burton y la misma circunstancia que había hecho de Sam el teniente interino, él era el comandante de la Madriguera. Tenía el rostro blanco... y gris. Pero con una marcada precisión, dijo:

—¿Nada todavía, Sam?

Sam señaló la pantalla. Las tres figuras seguían luchando denodadamente por franquear las abruptas cavidades del hielo.

—Siguen allí. Los estamos escuchando por todos los receptores de radio de que disponemos. No emiten nada por ninguna de las longitudes de onda que conocemos. Podrían perfectamente ser un grupo de excursionistas que han oído lo que ocurre por un receptor de bolsillo y tratan de seguir un atajo hacia la civilización. Pero podrían ser espías también. Podemos largarles una alta carga de explosivos y acabar con ellos. Pero esto podría ser un indicio de que por aquí hay alguien que no quiere verlos y de que debe haber una Madriguera por los alrededores. Podemos también dejarlos tranquilos, quizá hasta que descubran nuestra presencia y la señalen. Podemos atraerlos aquí, y si son espías, descubrir quizá por cuenta de quien están espiando. Pero pueden llevar encima algún dispositivo señalador que desconocemos y su señal de detención traernos una bomba.

—Pueden ser gente pacífica también, Sam —dijo Thale cansado—. No tenemos que matar a nuestros semejantes. Podemos esperar un poco. ¿Qué más?

—He estado escuchando la radio. No ha habido invasión, por ahora. Ha caído una bomba atómica en los montes Bookshelf. Probablemente una Madriguera destruida. Centralia ha sido bombardeada hace una hora. Thurston — el Secretario de Agricultura — era el único miembro del gabinete que no estaba en Washington, de manera que auto-

máticamente pasó a ser Presidente. Estaba en camino hacia su granja de Ohio cuando cayó la bomba. Una de ellas destruyó la granja, a propósito. Pero como un idiota localizó una transmisora portátil del Ejército e hizo anunciar su ascensión a Presidente y que Centralia sería nuestra capital interina. Una hora y veinticinco minutos después cayó una bomba. ¿Has dormido algo?

Thale movió la cabeza. Su expresión era extenuada. Incluso cuando era obvio que estaba concentrando su atención, sus músculos tenían una tendencia a relajarse en una expresión de ausencia. No había en ella rencor, sólo una especie de trágico asombro.

—No podía dormir —dijo pesadamente—. Hubiera podido tomar algo para conseguirlo pero me hubiera detenido las ideas. Todavía no puedo creerlo, Sam. Stella fue a ver a su madre y ella y la chiquilla me hicieron gestos con la mano cuando arrancó el metropolitano. Y... llegaron a San Luis antes de que cayese la bomba.

—Es duro... —dijo Sam sin asombrarse. Con una tercera parte de América muerta y el resto en el caos, no era el momento de emocionarse.

Thale movió la cabeza, como para aclararse las ideas.

—Pobre chiquilla... —dijo— estaba loca por el cuento aquel de Little Black Sambo. Ya lo sabes... «Había una vez un pequeño negrito que se llamaba Little Black Sambo...»

Sam se levantó. En su voz había un tono frío e impersonal cuando dijo:

—Tú eres el oficial de mando de esta Madriguera, Fred. Estamos en guerra y las Madrigueras están siendo bombardeadas. De acuerdo con los reglamentos del Servicio Atómico nadie puede darte órdenes hasta que se restablezca la paz. Sólo puedes ser aconsejado. Te aconsejo que sigas nuestro mismo método de acción. Es la única forma de evitar tu propia pérdida.

Sus ojos se fijaron en la pantalla de televisión. Una de las figuras había desaparecido.

—¡Mira!

Las otras dos permanecían inmóviles. Al cabo de un instante una de ellas se movió lenta y cautelosamente. Se detuvo. La segunda avanzó. Tres minutos después la figura del desaparecido reapareció, se tambaleó y cayó. Las otras dos se acercaron a ella. Se inclinaron. Al cabo de un momento las tres figuras volvieron a avanzar formando un grupo compacto. Dos de ellas soportaban a la tercera. Se encontraban en el centro de un monstruoso desierto jamás hollado, en la superficie de un glaciar cuya travesía estaban intentando. Habían realizado ya casi la parte más difícil de la travesía, pero pronto entrarían en la zona donde seguramente habría profundas grietas tapadas por la nieve.

—Sean espías o no —dijo Sam— están perdidos. Usando cuerdas hubieran podido conseguirlo. Los tres juntos, de esta manera, no.

Un tubo neumático silbó y cayó pesadamente a cuatro pies del cuadro de controles. Thale se inclinó lentamente para recoger el mensaje. Sacó la hoja escrita por el servicio de Comunicaciones, la habitación donde hombres y WACS^[3] estaban al servicio de las máquinas que abarcaban todas las longitudes de onda imaginables y examinó el mensaje levantándolo en el aire. Lo leyó. Después se lo dio a Sam.

—Un radio de Sun Valley comunica que hay allí un grupo de funcionarios consulares y diplomáticos, empleados subalternos, la mayoría, de vacaciones. Le han pedido que los pusiesen en el circuito de relevo de manera que pudiesen ser encontrados. Si no han sido bombardeados dentro de un par de horas veremos qué podemos hacer. Podemos usar el helicóptero. Los podemos usar a ellos también.

Sam seguía observando el difícil avance de las tres figuras en la pantalla.

—Tengo una idea, Fred —gritó súbitamente. Thale levantó la vista.

—Una idea sobre la naturaleza de la guerra —dijo Sam—. Si tú y yo fuésemos alpinistas y el tercer miembro de nuestro grupo se hacía daño nos quedaríamos con él, aunque prácticamente significase no regresar. La decencia es más importante que la supervivencia, en un caso como este, ¿no crees? Thale asintió.

—¿Entonces...?

—Si tú y yo fuésemos espías y nuestro compañero se hacía daño lo abandonaríamos. Estaríamos obligados a ello. Porque en un caso como éste, nuestro oficio de espías sería más importante que la decencia y el humanitarismo. Pero esta gente sigue junta. De manera que probablemente no son espías.

Thale asintió nuevamente.

—Está ya todo casi oscuro en la superficie —dijo—. Cuando esté completamente a oscuras podemos usar el helicóptero e ir a recogerlos.

Sam se levantó.

—Voy —dijo—. Se necesitará algún tiempo para estar dispuesto para la tarea.

Salió del cuarto de controles y avanzó por el laberinto de corredores que constituía la Madriguera. Contenía todos los elementos de una ciudad; centros donde dormir, donde comer, donde distraerse, incluso jardines hidropónicos y una central de energía que consistía en una pila de deuterio fabricando incesantemente explosivo atómico para las bombas de los almacenes situados mucho más abajo. Naturalmente, la Madriguera estaba equipada para el vuelo, si bien en tiempo de paz jamás un helicóptero se elevó del oculto puerto de salida situado muy alto, bajo el suelo del glaciar.

Ahora que había estallado la guerra, sin embargo, los riesgos eran inevitables. Así pues, Sam Burton avisó a la tripulación del helicóptero y se dirigió hacia el hangar hasta entonces no utilizado. Necesitó poco tiempo para inspeccionar el motor, ponerse el equipo y dar las órdenes oportu-

tunas. Y máquina y tripulación comenzaron la larga elevación en el ascensor hacia el punto desde el cual el helicóptero podía remontar el vuelo.

El ascensor se detuvo. Sam se asomó al mundo exterior desde las pantallas de televisión, en el interior de la aparentemente sólida roca. La noche había cerrado y el último vestigio del crepúsculo había desaparecido. Manejó un control. Se produjo un casi inaudible crujido y el techo de piedra se levantó. El helicóptero se levantó con él. Yacía ahora al aire libre bajo una monstruosa roca sostenida por cuatro pilares de acero. El motor arrancó sin ruido. Avanzó, saliendo de debajo del techo de piedra que lo ocultaba. Delante de él se extendía el fulgurante y luminoso glaciar.

El helicóptero remontó el vuelo en el silencio más absoluto. Pegándose por el flanco de la montaña fue bajando y alejándose. Después describió una curva y volvió a empezar a subir la pendiente del glaciar. En algún lugar de aquella extensión de cincuenta millas cuadradas de hielo había tres seres humanos. Podían ser espías, pero podían no serlo. Si no eran espías, sus vidas tenían que ser salvadas. Si eran espías quizá pudiese averiguarse algo por ellos y hacer posible la venganza, en especie y en grado, del crimen, del asesinato de más de un tercio de la población de América.

III

Las estrellas brillaban relucientes y sin centellear entre los altos picos de las montañas. La parte del glaciar era alta y el aire frío y tenue. Elevándose hacia el cielo se veían algunas extensiones blancas que eran campos de nieve en los flancos de las montañas. La cabina del helicóptero era bastante cómoda, pero a su alrededor sólo había frías colinas y un leve resplandor de estrellas que caía sobre un mundo helado. A Sam se le ocurrió irónicamente recordar un villancico de Navidad: «*Noche silenciosa, santa noche...*» Por todas partes había calma y resplandor. Pero, bajo el glaciar, la Madriguera vigilaba ferozmente. La tranquilidad de las montañas era una mofa.

El piloto del helicóptero miraba una pequeña pantalla cuadrada en la cual el terreno que tenía debajo se reflejaba tal como el detector infrarrojo^[4] lo veía por rayos de calor que se convertían en luz sobre la pantalla. Era el cuadro del paisaje, no en términos de luz y sombra y color, sino de temperatura.

Un hombre que estaba detrás de Sam le dijo en voz baja a otro:

—¿Crees que son lo suficientemente locos para invadir?

—No lo sé —dijo el otro con una mueca—, pero rezo porque sea así. Es lo único que le pido a Dios de momento; que invadan. Entonces sabremos quienes son y podremos empezar a hacer fuego.

El helicóptero seguía pegado al flanco de la montaña y alejándose, siguiendo la longitud del glaciar antes de virar hacia el centro y dirigirse hacia los tres personajes que te-